



perpétuo. Obrando así Cárlos restauró la Hacienda, y pudo renunciar al impuesto extraordinario. Dirigió su atención á las minas y al comercio, atrajo con privilegios á los negociantes extranjeros, y aumentó la marina mercante.

En el reinado de Cárlos Gustavo, Juan Palmstruch habia fundado un banco, con dos privilegios: el primero, establecer en Estokolmo, ó en otros puntos, *lombardos* ó sean bancos que prestasen sobre prendas, por el plazo de un año y seis semanas, al seis por ciento en las sumas de cuatrocientos rixdalers á lo ménos, y al ocho y un cuarto en las de mil; y el segundo, crear un banco de cambio, donde cada particular pudiese depositar cantidades de 100 escudos en cobre, 50 ducados en oro, de 100 rixdalers ó 200 escudos en plata, abriéndosele cuenta corriente en las tres especies. Esta institucion, muy útil al principio, fué luego desastrosa para las rentas; pues siendo muy buscados sus billetes, el banco emitió hasta por valor de 2.700.000 escudos. Ahora bien; habiendo

vuelto á abundar el dinero al contado, por las reformas de Cárlos XI, se disminuyó el crédito de los billetes, y en 1668 el banco declaró que no le era posible pagar; entonces los Estados lo tomaron por su cuenta, convirtiéndole en banco nacional con una nueva organizacion.

Cárlos no quiso ya desnudar la espada, aunque se le presentaron ocasiones de verificarlo; lo cual hizo que en 1696 le eligiesen las potencias beligerantes mediador para la paz de Ryswick. Sóbrio, laborioso, lleno de la idea de los deberes religiosos y de la dignidad real, sencillo hasta el exceso en lo exterior, murió á los cuarenta y un años.

Dejó un hijo de su nombre, de edad de quince años, destinado á desempeñar en la historia uno de los papeles más brillantes, ya que no de los más hermosos; y que en lugar de aprovecharse del vigor que su padre habia dado al trono, y cuya odiosidad no recaía sobre él, tan sólo lo empleó en turbar la tranquilidad de los demás países y en arruinar al suyo.

CAPÍTULO XVII

Polonia.

La Polonia tenia que luchar con una constitucion viciosisima, con los cosacos y con las crecientes potencias vecinas, que se proponian desde entónces desmembrarla. Los cosacos, guiados por el hetman Khmielnicki, hicieron una nueva irrupcion en el país á la muerte de Ladislao VII, y habiendo derrotado á los polacos, se adelantaron hasta Lemberg, impusieron una contribucion de 700.000 florines, sitiaron á Zamosc, é intimaron á la dieta la eleccion de Juan Casimiro, que, en efecto, despues de una larga tormenta ascendió al trono. Era hijo de Segismundo III, rey de Suecia, que habia sido depuesto, y de Constanza de Austria; habia tenido el mando de una escuadra española contra la Francia; pero fué hecho prisionero y encerrado en un castillo. Salió de él por ruegos de Ladislao, y emprendió un viaje á Italia, siendo tal su compuncion en Loreto, que se entró jesuita y le nombraron luego cardenal. Relevado de sus votos, se ciñó la corona y se casó, aunque sin renunciar á su devocion ni al amor que profesaba á la órden de que habia formado parte. No pudiendo conseguir nada de los cosacos con la dulzura, se vió obligado á declararles la guerra, y más de trescientos mil de aquellos, en union de ciento setenta mil tártaros, asolaron el país de un modo increíble.

Casimiro, viéndose evncido y cercado, tuvo que confirmar á los cosacos su antigua constitucion; incorporó cincuenta mil en sus regimientos, y prometió admitir la religion griega en todo el reino y conceder asiento en el Senado al arzobispo griego de Kief; sometiése además á pagar al kan de los tártaros un tributo de 90.000 florines al año.

Este vergonzoso tratado no se mantuvo en pié: los tártaros y los cosacos fueron derrotados; pero desgraciadamente, los celos que sin cesar renacian entre los nobles y el rey impidieron dar cima á la empresa, y en vez de exterminar á aquella gente, se adoptaron condiciones ménos deshonrosas, limitando á veinte mil el número de los cosacos que debian ingresar en los regimientos de Polonia. Khmielnicki pidió auxilio al czar de Rusia, Alejo Michelovitz, el cual, movido más bien por el deseo de recobrar las provincias separadas de su imperio, que por los vínculos del parentesco, recibió á los cosacos bajo su patrocinio. De aquí resultó una guerra contra la Polonia, que tuvo que sufrir tambien un desembarco de suecos, tanto que fué vencida en todas partes. Sin embargo, concibiendo el czar recelos de Cárlos X, dió oídos á las proposiciones de Juan Casimiro, y se ajustó una trégua, por la cual la Rusia conservó sus ad-



quisiciones y se unió con la Polonia contra la Suecia. Por su parte, el hetman de los cosacos trataba al contrario con la Suecia para dividir la Polonia entre ellos, admitiendo además en la particion al Brandeburgo, á Radzivil, palatino de Wilna, y á Ragoczy, príncipe de Transilvania. Este último, que aspiraba al título de rey de Polonia, la invadió; pero teniendo la Suecia que acudir á defender la Livonia, se encontró solo y no pudo pasar más adelante.

Habiendo envejecido Khmielnicki, hizo elegir por su sucesor á su hijo Jorge, bajo la tutela de Juan Wigohiski, su primer ministro; pero éste supo inducir á los moscovitas á nombrarle jefe, y reuniendo luego los votos de la descontenta nacion, se rebeló contra ellos y sometió los cosacos á la Polonia; de forma que los tres palatinados de Kief, Chernikof y Brailof formaron un ducado particular, con el nombre de Rusia, y la Polonia se consideró compuesta de tres naciones, á saber, polaca, lituana y rusa. Al momento el hetman marchó contra los moscovitas; pero entre tanto, otros cosacos descontentos proclamaron á Jorge Khmielnicki, que fué confirmado en su dignidad por la Moscovia; hubo, pues, dos hetmanes, uno ruso y otro polaco.

En suma, entre Rusia y Polonia se redujo todo á continuas guerras, en que los cosacos fieles ú hostiles, segun su capricho, cambiaban la extension del territorio y el poder de los combatientes; las tropas, sin subordinacion, obligaban á los reyes á mantenerlas constantemente ocupadas en la guerra; los armisticios y los tratados de paz eran sólo paliativos. Aunque la tregua de Andrusoff estableció entre ambas potencias la division de los cosacos, empezaron de nuevo las discusiones, que constituyen el hecho más notable de aquella época en el Norte, resultando, como consecuencia natural la posesion de la Ucrania, barrera contra los tártaros y los turcos.

En lo interior la mayoría de la nacion yacia en una deplorable servidumbre, sin conocer patria, sin ver otro remedio á sus males sino la irrupcion de algun extranjero, que pronto la desengañaba. El vivo sentimiento de nacionalidad produjo entre los nobles muchos carac-

téres heróicos, pero les inspiró desvío hácia las modificaciones que reclamaba el cambio de la civilizacion. La eleccion de los reyes se sacaba, digámoslo así, á subasta, y mientras el voto público llamaba al trono al más digno, se nombraba al que hacia más regalos á los electores. La nobleza, soberbia, corrompida é intrigante, no omitia cuidado para mantener tal eleccion, que dejaba á los grandes la eventualidad del trono y á los pequeños la certeza del lucro. La administracion habia llegado á ser un medio de enriquecerse. Sicinski, nuncio lituano, fué el primero en romper la dieta, interponiendo su disentimiento; de aqui procedió el *liberum veto*, en virtud del cual un solo individuo eludia los derechos de la mayoría; y el *liberum veto* produjo dietas tempestuosísimas y estériles, pues bastaba el disentimiento de un solo voto para impedir una resolucion.

Añádanse á esto las controversias religiosas. El rey era católico, mas se toleraba á los disidentes; los obispos poseian grandes rentas, y á menudo habia dos en la misma ciudad, uno latino y otro griego; el clero inferior era escaso; los conventos, ménos que en las demas partes, y los prelados tenian derecho á sentarse en el Senado. Los luteranos se habian dividido en varias sectas, los griegos unidos y los cismáticos se profesaban un odio mortal. *Disidentes* se apellidaban los no católicos, partido grande y disforme, del cual eran aborrecidos tambien, aunque se habia aumentado su número, los socinianos, sentenciados por herejes y excluidos de la libertad de culto, principalmente desde que demostraron decidirse á favor de los suecos. Estos en la paz de Oliva pretendieron una tolerancia absoluta para los disidentes, pero apénas lograron sustraerlos de la pena de muerte establecida contra ellos.

Juan Casimiro se condolia de tantos males, y pronunciaba en la Dieta palabras proféticas: «Hubo un tiempo en que reinaban la sencillez, el candor, el amor á la justicia, y nuestros padres, aun en medio de las facciones, estaban exentos de influencias extrañas, no tenian milicia á sueldo, no conocian los partidos procedentes de los campamentos y de las confederaciones militares, nunca se habia visto á



la fuerza dar un señor á la Polonia, no se preveia el dia en que los Estados vecinos hubiesen de repartirse la discordia Polonia, y en que la república llegase á ser presa de las naciones. ¡Ojalá me engañe! pero me parece ver ya el momento en que el moscovita y el cosaco convocarán á todos los que hablen su lengua, y se apropiarán el gran ducado de Lituania, la Gran Polonia se abrirá á la ambicion del brandeburgués, y ¡quién sabe si por medio de las armas y los tratados aspirará á apoderarse de nuestro suelo hasta la Prusia! Tampoco el Austria, que tiene la vista fija en la Cracovia, querrá permanecer con las manos vacías. Estos vecinos prefieren poseer un trozo de la Polonia, á ver toda la monarquía bajo el cetro de un príncipe, cuyo poder esté limitado por las franquicias nacionales.»

Los polacos, en vez de prestar oído á estas palabras, se irritaron contra el monarca, pues la consecuencia que sacaba de ellas Casimiro era que eligiesen un rey mientras él aún vivia. Exacerbados los ánimos, los ejércitos formaron sus confederaciones para hacerse pagar un crédito de 26.000.000 de florines; y aunque hubieron de contentarse con 8.000.000, aspiraron tambien á reformar el gobierno y se originaron rebeliones y efusion de sangre. Al frente de la oposicion, especialmente para impedir que se eligiese el sucesor al trono en vida del rey, se opuso Sebastian Jorge Lubomirski, señor poderoso y de gran capacidad; el cual, habiendo sucumbido, fué condenado á perder el honor y la vida, y su empleo de gran mariscal se concedió á Juan Sobieski. Lubomirski consiguió fugarse, pero la Dieta se negó á deliberar y á votar los subsidios para el ejército, si no se hacia justicia al condenado. Sublevóse el país: Lubomirski volvió con ochenta hombres, á los cuales se unieron muchos más; venció, entró en la Gran Polonia, donde fué bien acogido, y en una batalla campal consiguió ventajas sobre el rey; por último, los obispos mediaron en un arreglo, y Casimiro prometió olvidarlo todo y no volver á hablar de sucesor.

Aquel rey sin energía, y que no era ama-

do, se dejaba dirigir por su mujer María Luisa Gonzaga; y cuando ésta dejó de vivir, en lugar de sentirse libre, se encontró sin impulso, sin guía, sin capacidad, y resolvió abdicar. En vano trataron de disuadirle; retiróse al monasterio de San German de los Prados, donde murió á la edad de sesenta y tres años (1672), siendo el último vástago varon de la estirpe de los Wasa.

Fué condicion del nuevo nombramiento que el rey no pudiese abdicar ni proponer otro sucesor; y en breve empezaron las intrigas entre los competidores extranjeros, llegando las violencias hasta hacerse uso de pistolas en la asamblea, finalmente, los sufragios recayeron en Miguel Koribut Wisniowiecki. Descendiente de la ilustre raza de los Piasti, habia sido no obstante despojado por los cosacos, vivia con los réditos de una pension, no solicitando un trono para el cual se encontraba sin aptitud, experiencia ni valor. En medio de tantas tormentas interiores y exteriores, no es de admirar que perdiese todo favor al poco tiempo, contribuyendo especialmente á ello las invasiones de los turcos, que él no bastaba á rechazar. La nobleza se negaba á combatir por la patria, y no sabia más que formar sus confederaciones hostiles, una para sostener la autoridad real y la otra para combatirla. Al frente de esta última, Juan Sobieski salvó la patria de la guerra civil y de la invasion otomana; y habiendo merecido ser nombrado rey, pudo libertar á Viena y á la cristiandad. Buscada su alianza, á causa del valor de sus tropas, habria llegado á ser grande si hubiese conocido los deberes de un rey y los derechos de su nacion; pero al contrario, obrando por ambicion personal, se unió á la Rusia con objeto de proporcionar establecimiento á sus hijos; y se convino en ceder al czar las conquistas anteriores en Lituania, con Smolensko y la pequeña Rusia, Kief y los cosacos zaporogas, mediante una compensacion de 70.000 rublos y la alianza de aquél soberano contra los turcos y el kan de Crimea.

Iba, pues, debilitándose la Polonia. Habia renunciado por la paz de Oliva á la soberanía del ducado de Prusia, y cedido la Livonia á la Suecia; abandonaba ahora la Lituania y la Ucrania á la Rusia, á la cual habia sido superior



hasta entonces; y sin embargo, con semejantes sacrificios no logró libertar al país de la invasión de los tártaros, y el kan de Crimea se adelantó hasta Lemberg, dejando desierta la comarca allende Dniester. Entre tanto, la discordia se encrudecía en lo interior, y las dietas seguían siendo muy borrascosas. Esto contribuía á que la guerra se hiciese en lo exterior con lentitud, y ya no fué posible recobrar á Kaminiék, cuya conquista había excitado á tomar las armas. Sobieski, educado con el mayor esmero, de índole excelente, leal en los tratados, caballeresco en la guerra, en su cortesía respecto de las mujeres, en su propiedad, en su lujo, y considerado algún tiempo como héroe, perdió parte de su crédito desde que se vió la marcha lenta de la guerra con los turcos.

Al fin llevó la economía hasta la mezquindad, y mostrándose rara vez en Varsovia, vagaba de provincia en provincia. Los males del país llenaron de amargura sus últimos momentos, y como se le pidiese que remediara la desgracia de alguno en su testamento, contestó: «¿Para qué? ¿No veis el vértigo que se ha apoderado de los polacos? ¿Qué desdichados son los reyes! Mientras vivimos, mandamos sin que se nos obedezca, y ¿nos obedecerían despues de muertos? Alabo á aquel que en vida ayuda á sus parientes y amigos; pero ¿quién sabe si lo que deja al morir pasará á sus herederos? ¿Qué ha sido de las disposiciones de mis predecesores? En una nación donde el oro manda, el dinero es el que juzga.»

Las disputas para sucederle fueron un verdadero infierno: los ejércitos se confederaron

con objeto de reclamar sus pagas; la viuda de Sobieski intrigó y litigó contra sus propios hijos; los lituanos pretendieron que se les igualase en derechos á los polacos; en las dietas de eleccion se llegó hasta echar mano de las armas. El hijo de Sobieski, ofreció, si le nombraban rey, 5.000.000 de florines, y 100.000 al año para rescatar á los prisioneros de guerra. Federico Augusto, elector de Sajonia, que no vaciló en arriesgar los tranquilos gozes de su hermoso país por el fausto tempestuoso de aquella córte, ofreció 10.000.000; teniendo á su disposición un ejército de treinta mil hombres, ofreció que recobraría á Kaminiék, la Ucrania, la Valaquía, la Moldavia, la Podolia, y enviaria seiscientos combatientes pagados por él en cualquier ocasion que los pidiese la dieta. Luis XIII intrigaba con más actividad aún en favor del príncipe de Contí; y ya este había obtenido las tres cuartas partes de los votos, cuando le fueron arrebatados muchos á fuerza de dinero, y juntamente con él fué proclamado Federico Augusto, el cual, como más cercano, venció y se le ciñó la corona. El príncipe de Contí se presentó; pero creía encontrar un ejército dispuesto á apoyarle, al paso que los polacos esperaban que llevase millones; y convencidos de su reciproca ilusion, él se volvió á Francia y los polacos reconocieron por rey á Augusto. ¿Era posible que la autoridad real se sostuviese, cuando la libertad de la eleccion no era sino la de vender el voto?

¡Harto manifiesta estaba que los males de aquel país, que no debían curarse más que con la muerte!

CAPÍTULO XVIII

Rusia.—Los Romanof.

La superioridad en el Norte pasaba ya de las antiguas potencias á una nueva. Durante tres siglos Rusia había permanecido ajena á la política y á la actividad civil de Europa, ocupándose enteramente en reconstruir su nacionalidad, sustrayéndola del poder de los mogoles, y en consolidar la fuerza interior y la monarquía. Los grandes príncipes de Moscou, desde Juan I Kalila hasta Basilio III el Ciego, se habían dedicado á esta obra; pero sólo Juan III logró asegurar la existencia política de Moscovia. Kalila no obtuvo feliz éxito, sino como diestro servidor de los mogoles: Demetrio III Donski venció á Mamai-khan; pero vió su capital reducida á cenizas, y tuvo que humillarse ante Toktamisc. Su sucesor aspiró únicamente á conservar, no consiguiéndolo tampoco, y solicitó la benevolencia de los mogoles.

Su sobrino, incapaz de resistir á un puñado de tártaros, cayó en el envilecimiento. La Horda de Oro y la Lituania limitaban el pequeño horizonte de un imperio que se desconocía á sí mismo. Pero en el momento en que cambiaba la faz de Europa con el descubrimiento de la América, y que en la nueva política de la casa de Austria, conmoviendo la Hungría, la Bohemia y la Polonia, daba importancia política al Norte, Juan (Ivan) III, empleando alternativamente la fuerza y la astucia, atrevido y reservado, con un prudente sistema de guerra y de paz, uniéndose al Occidente, pero sin querer confundir aún su destino con

el de sus aliados, hábil en proporcionarse instrumentos para sus designios sin servir de instrumento á nadie, aseguró la independencia de la Rusia, emancipándola de un pueblo nómada; se hizo respetar desde Roma á Copenhague, desde Viena á Constantinopla, y marchó á la par con los emperadores y los sultanes.

Le sirvió de mucho haber ascendido al trono en el rigor de los veintinueve años, y haberlo ocupado cuarenta y tres. Ante todo era necesario reunir los diferentes señoríos bajo la ley de un solo jefe, el cual tuviese así bastante fuerza para libertarse de la dependencia extranjera, recobrar provincias perdidas y restablecer las fronteras en su pristino estado. Los grandes príncipes de Rusia, pagando á la Horda de Oro un tributo, se presentaban á pié al enviado del Capchak, le ofrecían un vaso de leche de yegua, y si se vertía una gota en la crin del caballo en que aquél estaba montado, debían lamerla. Juan se negó á esta humillacion; y cuando el kan Acmet le envió la orden con el gran sello exigiéndola, él pisoteó el diploma é hizo dar muerte á los embajadores, exceptuando á uno solo, para que llevase la noticia del Capchak. Acmet, incitado tambien por Casimiro IV de Polonia, invadió la Rusia; pero la gran duquesa María inspiró valor á su esposo; los sacerdotes excitaron el patriotismo del país; Acmet, detenido por el ejército ruso, se vió sorprendido en su retirada por los tártaros Nogais, pereció en la pelea, y la Horda de Oro quedó destruida. De este modo la Rusia, sin correr